

Gonzalo Vial. HISTORIA DE CHILE (1891-1973). VOLUMEN II. TRIUNFO Y DECADENCIA DE LA OLIGARQUÍA (1891-1920). Santiago, Editorial Santi-llana del Pacífico S.A. de Ediciones, 1983.

El segundo volumen de la obra proyectada por Gonzalo Vial se diferencia del primero por su carácter narrativo y ya no estructural, y confirma obviamente el estilo y el tipo de fuentes que configuran el primero. Esas fuentes siguen siendo, primordialmente, las memorias, las novelas y cuentos, la folletería y los panfletos, los documentos oficiales y la historiografía propiamente dicha. El designio narrativo se cumple en la ordenación según las Presidencias del Régimen Parlamentario, abarcando en cada una de ellas la vida política, el acontecer económico y las relaciones internacionales. La narración no se da solamente en la esfera política, sino también en la economía (por ejemplo, en el vívido relato de la conversión al padrón de oro y en la reinstauración de la inconvertibilidad en la década de 1890, y en el más dramático todavía de la euforia especulativa del "Resurgimiento" de 1902 a 1907). La esfera cultural y educacional, que naturalmente tiene otro ritmo que el de las Presidencias, ha sido tratada ya en el primer volumen.

Una de las cualidades más brillantes del modo narrativo de Vial son los retratos, físicos, psicológicos, intelectuales y morales. Dadas las valoraciones peculiares de Chile, el tipo del político es el tema preferido por esta pintura retratística: desfilan ante nosotros, en este libro, los Presidentes, los presidenciables, los ministros y los parlamentarios, vívidamente caracterizados, incluso cuando se trata de personajes de los cuales casi no hay nada que decir, como Jorge Montt, Germán Riesco o Fernando Lazcano (el Lazcano anterior a sus patéticos meses finales). El retrato de Pedro Montt nos parece el mejor logrado, en todos sus aspectos, severos, dogmáticos y también cómicos (este político estudioso y ultraprosaico traduce a poetas alemanes). El retrato de Riesco es un poco demasiado indulgente: Vial no recoge el dato, que proporciona Rivas Vicuña, de este ex Presidente de la República, abogado del Banco de Chile en tiempos de Barros Luco, presionando para que el Estado salvara, a su costa, al Banco de la República. En el caso de Agustín Edwards, todo aparece demasiado en rosa, incluso sus "libros históricos", lo que parece extraño, dicho por un historiador docto, como Gonzalo Vial. Pero, en cambio, tiene éste el generoso acierto de recoger el testimonio de Gabriel González Videla, joven aliancista en 1920, que recuerda con admiración la señorial e imperturbable serenidad de Juan Luis Sanfuentes para desdeñar las rechiflas de sus adversarios el día de la trasmisión del mando: manifestación de una irónica

sabiduría y superioridad de quien Vial considera como uno de los responsables máximos del desenfreno parlamentarista.

Además de los retratos de políticos, el libro de Vial tiene una magnífica novedad, la de presentar los retratos de otro tipo de hombres de quienes raramente han perdurado en la memoria colectiva chilena: los grandes técnicos. Entre ellos, sobre todo, los "hombres de los límites", los que realizaron el trazado de las fronteras con Argentina: así del ingeniero Alejandro Bertrand y del geógrafo alemán Juan Steffen, amén de nombrar incluso a los geodestas. Para Vial, un Bertrand o un Steffen debieran figurar junto a otros técnicos más recordados, como Teodoro Schmidt, Francisco J. San Román, Francisco Vidal Gormaz, Guillermo Frick y Luis Risopatrón. En un campo muy distinto, traza el autor la biografía del ingeniero norteamericano William Braden, a quien debe Chile el reconocimiento de los yacimientos que serían después la fuente de nuestra gran minería del cobre. Como tantos otros descubridores y pioneros, Braden sería al fin reducido a la insignificancia por los financistas (en este caso, por la firma Guggenheim).

El personaje central de este libro es un ente colectivo: la oligarquía chilena de la época. Vial —nos permitimos por una vez encasillar a un autor, lo que siempre está sujeto al beneficio de la duda— podría ser considerado como un conservador antioligárquico, tal como lo fue Alberto Edwards. Su libro va señalando, hito tras hito, la ruina de una aristocracia. La oligarquía es, aquí, la que mueve el vicioso Parlamentarismo chileno, la que halaga al caciquismo provinciano, la que provoca la corrupción de las Municipalidades, la que eleva a los Presidentes haciendo propaganda a sus cualidades e intenciones para después impedir que las realice, la que se colude con los "negocios", la que es responsable de la inflación y de la serie en cadena de sus funestas consecuencias, la que odia toda superioridad intelectual, sobre todo de los políticos (así, la de un presidenciable en 1901, Augusto Matte), pero acepta benévolamente la superioridad de los artistas o literatos, porque cree que no le son un peligro. La oleada de desenfrenada especulación del "Resurgimiento" desde los finales de Riesco hasta los comienzos de Montt, coincidiendo con la inflación, la carestía de la vida, las violentas explosiones de cólera popular de 1903-1907, los escandalosos "affaires" en las concesiones salitreras y en las tierras australes, denunciados en vano por Joaquín Echeñique, todo ello produce, para Vial, la marea revolucionaria de 1918-1920, apenas disimulada por la tregua de Barros Luco y de los dos primeros años de Sanfuentes. La "literatura de crisis" del Centenario y la campaña de Alessandri en Tarapacá no fueron sino las puntas del iceberg revolucionario, que asomaría definitivamente con el triunfo de la Alianza Liberal en 1918.

La sostenida acusación contra la oligarquía, argumento central de este libro, cede, sin embargo, algún lugar a matices y salvedades, que permiten decir que no todo fue impotencia y corrupción durante estos treinta años. Veamos los que señala Gonzalo Vial.

No siempre los Presidentes fueron simples marionetas de las cambiantes mayorías parlamentarias: Errázuriz Echaurren lograba maniobrar con ellas, Pedro Montt quiso, por lo menos, dominarlas mediante todo un programa regeneracionista, pero naturalmente en vano. Grupos parlamentarios, como el descrito por Rivas Vicuña, hacia 1912, instituciones extraparlamentarias como la Liga de Acción Cívica y el Partido Nacionalista, durante la Presidencia Barros Luco y comienzo de la siguiente, quisieron promover las mismas ideas "regeneracionistas", también sin éxito. Pero algunos Presidentes lograron algo: Errázuriz Echaurren y Riesco en la política internacional (en un sentido pacifista) con Argentina y Bolivia. A Riesco y a Montt se deben el ferrocarril Longitudinal Norte y el Trasandino, así como las obras portuarias de Valparaíso y San Antonio.

La política internacional de Chile mantiene, a través de la rotativa ministerial, mucha continuidad, lo que indica que, a pesar de la desastrosa política interior, no desaparece el sentido superior del Estado. Chile mantiene su distancia frente al Panamericanismo y a la Doctrina Monroe y conserva la neutralidad en 1914-1918. A pesar de la delirante preocupación por las luchas partidistas y parlamentarias, en las cuales parecía cifrarse toda la realidad, hubo políticos atentos a la política exterior —generalmente en un sentido de "línea dura"— ante Bolivia o Argentina en las cuestiones limítrofes. Así, Eliodoro Yáñez (que, siendo Ministro de Relaciones Exteriores, perdió por ello la confianza de Riesco), Joaquín Walker Martínez, Gonzalo Bulnes, Ramón Serrano Montaner, Abraham König, Alfredo Yrarrázaval Zañartu. La "línea blanda" es, en cambio, la de los Presidentes. La alianza con Brasil y Argentina en 1915 (el ABC) fue propiciada por Alejandro Lira e intentó una política independiente frente a Estados Unidos. Vial la juzga por eso como ilusoria y frustrada; pero "en las cosas grandes, ya el haber querido es suficiente". En cambio, el autor considera mucho más realistas y duraderas las relaciones de tipo comercial, cultural, militar, que se entablan en este período con los países del Pacífico, más al norte del Perú (en uno de esos países, El Salvador, el futuro Presidente Ibáñez fue efectivamente un guerrero, así como el General Luis Cabrera en Ecuador).

En materias económicas, no siempre los Gobiernos del período siguieron el "laissez faire". Durante el Gobierno de Jorge Montt, el ultraliberal Mac-Iver, como Ministro de Hacienda, se manifestó, sin embargo, enérgico enemigo de las "Combinaciones" de salitreros, que reducían la producción para alzar los precios y perjudicar así las entradas tributarias del Estado; Eduardo Matte aludió al peligro de la competencia de abonos artificiales, profetizando lo que ocurriría después de 1918. Mac-Iver anunció, para contrarrestar a las Combinaciones, una política de subasta de reservas salitreras fiscales. Con ocasión de tales subastas, políticos como Francisco Valdés Vergara, Antonio Subercaseaux, Luis Aldunate, claman por la formación de capitales nacionales que se inviertan en la adquisición de esas salitreras, las que pudieran entregarse a nacionales en "contratos de explotación" por 10 años de duración. La ineficacia de todas estas tentativas de nacionalización

de lo que era entonces nuestra industria básica no anula el hecho de que existían políticos patriotas. En materia de política aduanera, se plantea desde la década del 1890 la necesidad de proteger las industrias nacionales mediante las leyes sobre aranceles de sentido proteccionista, que se inician en 1897: una política que culminaría bajo Sanfuentes y Alessandri.

No todos los políticos del régimen parlamentario eran, pues, vulgares "polítiqueros", como se piensa convencionalmente. Y, en punto a acuciosa y meticulosa fiscalización, la obra de Vial nos muestra muchas veces la presencia de Joaquín Echeñique.

Pero, hechas estas salvedades, la obra de Vial nos afirma fehacientemente un hecho mayor, la decadencia histórica de Chile y recapitula, sobre todo en las páginas 600 a 604, lo que considera sus causas. La causa última y más poderosa sería "enteramente objetiva": la cuestión social, "la condición de vida y de trabajo ya intolerable, sobre todo en los grandes centros urbanos y mineros", en todos sus aspectos: alimentación, vivienda, salarios, salubridad.

Coadyuvan a esa causa principal otras que, para Vial, son secundarias: la explotación política de la "cuestión social", las ideologías anarquista y marxista, las organizaciones sindicales revolucionarias, el movimiento estudiantil capitaneado en la Universidad de Chile por la FECH, el estallido de la Revolución Rusa, en fin, la crisis económica desatada por el fin de la Guerra Europea. La causa de fondo arrastra consigo todas las otras y además la crisis coyuntural posterior a 1918, configurando finalmente el "alessandrismo" de 1918-1920, con todo el despliegue emocional detonado por el carisma tribunicio del futuro Presidente. Tal vez no comparece del todo el aporte principal de la reciente investigación de René Millar, a saber, la significación que tuvieron los caciquismos rurales de personalidades de la Alianza Liberal para el triunfo electoral de Alessandri en 1920: los terratenientes liberales o radicales no dejan de pesar, con los votos que arrastran, junto al entusiasmo frenético de clases medias, obreros y estudiantiles.

La visión global de este tomo de la obra de Vial, que desde luego es la obra fundamental hasta ahora producida sobre el período, tiene que suscitar, naturalmente, algunas dudas y problemas sobre su interpretación general.

La tendencia especuladora de la clase alta, tan tremendamente patentizada en coyunturas como el "Resurgimiento", 1902-1907, ¿será una característica exclusiva de la clase alta? ¿No tendrán las clases medias y las bajas, dentro de sus muy diferentes ámbitos económicos, igual tendencia, la cual sería entonces un rasgo de psicología colectiva de todo un pueblo, y no sólo de una clase? Todo lo que nos muestra precisamente la literatura, y muy singularmente un Vicente Pérez Rosales, el chileno por excelencia, nos lleva a afirmar que el afán especulativo está en la entraña misma del pueblo chileno. La acusación moral, sin dejar de ser válida para los casos particulares que con tanta razón destaca Vial, tiene —si es así— que ceder el paso a una consideración histórica del carácter nacional. El que las virtudes de

ahorro y de inversión productiva se revelen siempre inferiores, en Chile, a las tendencias al gasto ostentoso y a la especulación financiera, vienen a corroborar, en su escala, la célebre tesis de Max Weber sobre el nexo de la psicología del catolicismo popular con la renuencia al capitalismo industrial.

A lo largo de la obra, Gonzalo Vial califica varias veces como "obsoletas" las luchas doctrinarias entre Iglesia y Estado, suscitadas entre 1891 y 1920; ellas estallaban a propósito de la cuestión batallona de la enseñanza particular, o de la precedencia del matrimonio religioso al acto civil, o con motivo del nombramiento de Rectores de la Universidad de Chile en "laicos" del nivel de un Barros Arana o de un Valentín Letelier. Es evidente que todo esto es obsoleto para nosotros; pero el problema histórico es si lo era para los contemporáneos. El apasionamiento de ambos bandos, ¿sería sólo la explotación cínica de asuntos religiosos por intereses políticos, como lo expresa Vial en un pasaje; o se trataría de una real guerra, en que una parte defendía y la otra atacaba la sacralidad de las instituciones? Yo creo que el anticlericalismo y el clericalismo chilenos, lamentables, pero muy reales y tenaces legados hispánicos, son fenómenos históricos muy profundos, que eran vigorosos todavía en esa época. Los motivos ocasionales de esas guerras político-religiosas parecen hoy insignificantes, pero no lo eran aquellas pasiones colectivas. El anticlericalismo al estilo del Partido Radical viene a extinguirse paulatinamente sólo desde las décadas de 1940 y 1950, en que las jerarquías eclesiásticas dejan de apoyar al Partido Conservador; y, sobre todo, desde que el secularismo y el carácter profano invaden las clases altas y medias, incluyendo al mundo oficialmente católico. Paradójicamente, la expansión de la incredulidad va quitándole fuerza al odio particular al clero. Es un fenómeno observado en Europa: el indiferentismo mata al anticlericalismo, que vivió de la oposición a una sociedad todavía sacral. En cuanto al clericalismo, es un fenómeno más complejo, muy vigoroso aún hoy día, pero que no podemos analizar aquí.

En suma, las obras sucesivas de Gonzalo Vial se van afirmando como acontecimientos importantes en la historiografía chilena. Alberto Edwards dijo que no se podía hacer "alta historia" del período parlamentario. Gonzalo Vial demuestra aquí que, sin embargo, se puede presentarlo sin caer en la "pequeña historia".

MARIO GÓNGORA

*John J. TePaske, Herbert S. Klein. THE ROYAL TREASURIES OF THE SPANISH EMPIRE IN AMERICA. Volume 1. Peru. XXVI, 563 págs. Volume 2. UPPER PERU (Bolivia). XXIV; 442 págs. Volume 3. CHILE AND THE RÍO DE LA PLATA. XXVI, 407 págs. Duke University Press, Durham, N. C., 1982.*

En la presente nota pretendemos apenas dar una noticia muy somera de esta relevante publicación documental, excelente ejemplo del nuevo estilo

y de los nuevos ángulos de enfoque que han comenzado a imponerse paulatinamente en las labores creadoras actuales de la Historia de América. Sería imposible hacer caber en el estrecho marco espacial de una reseña bibliográfica la amplia gama de reflexiones y posibilidades, como también los eventuales peligros de una utilización inexperta de que podría ser objeto una colección documental de índole cuantitativa en nuestro marco hispanoamericano. El cardinal asunto de la cuantificación en la Historia de América, de la mensura de los fenómenos del pasado, de la aproximación a la medida de cada época, ha sido para nosotros una preocupación constante y no podríamos ver con indiferencia los avances de la historiografía de este mundo hispanoamericano del que somos parte. Por tal razón, reservaremos nuestro natural entusiasmo para hacer en otro lugar comentarios más pausados y más amplios que se engarzan con la perspectiva —para emplear una expresión en boga— de la *Nueva Historia*, utilizando para ese propósito el peso y la oportunidad de la aparición de la obra, objeto de esta breve glosa informativa para los investigadores nacionales.

Trataremos de esbozar rápidamente el contenido de estos tres hermosos volúmenes, de impecable presentación editorial. Desde luego, cada uno de ellos se inicia con una introducción explicativa del material que contiene, con sus pertinentes referencias bibliográficas.

El primero de ellos nos entrega los resúmenes anuales de los libros de cargo y data de la Caja de Lima y de todas las cajas regionales del Bajo Perú, en la nomenclatura colonial. Incluyendo la matriz de Lima, las cajas representadas totalizan dieciséis. La secuencia cronológica de Lima, que es la más considerable como potencia centralizadora virreinal, comienza —desgraciadamente— sólo en 1580, pero llega hasta 1820. En las cajas regionales, las secuencias más dilatadas son las del Cuzco (1571-1822) y de Arequipa (1599-1817).

Al decir que desgraciadamente la secuencia de Lima comienza sólo en 1580, nos permitimos esbozar una pequeña crítica al sistema de selección utilizado por TePaske y Klein. Ellos han preferido tomar como punto de partida el momento en que los libros de caja adquieren uniformidad, más fácilmente computable. Sin embargo, habría sido necesario buscar alguna fórmula para dar cabida a ese medio siglo fundacional de la economía peruana que va de 1531 a 1580. Esta licencia de opinión que nos tomamos no es tanto un reparo a tan excelente e inmenso trabajo, sino la enfatización del valor de una documentación específica que conocemos bastante y que hemos aprovechado en un ya antiguo trabajo nuestro, circunstancia que abona nuestro alcance<sup>1</sup>. Creemos que un esfuerzo adicional nos habría proporcionado una serie definitivamente gloriosa.

---

<sup>1</sup> A. Jara, *La curva de producción de metales monetarios en el Perú en el siglo XVI*, en *Tres ensayos sobre economía minera hispanoamericana*, Santiago, 1966, publicado también en traducción francesa *Dans le Pérou du XVIe. siècle*:

El segundo volumen corresponde a las cajas del Alto Perú (hoy Bolivia), en las cuales destaca la serie de Potosí, que cubre el período 1560-1823. Con un evidente buen sentido, los autores conservaron la unidad territorial, por sobre los cambios administrativos, lo cual habría creado confusiones, visto el traspaso de la Audiencia de Charcas al Virreinato del Río de la Plata en 1776. Así se ha respetado la continuidad de las series, evitando provocar cortes. El número de estas cajas llega a nueve, y entre ellas se encuentra la de Arica (1634-1819).

El tercer volumen consta de dos partes. La primera contiene las cajas de los términos de Chile colonial, cuyo detalle enumeramos: Chiloé (1782-1817), Concepción (1708-1810), Mendoza (1778-1814), Santiago (1613-1810), Valdivia (1769-1810). En la segunda parte están las cajas del Río de la Plata propiamente tal, más las de la Banda Oriental (Uruguay), Maldonado y Montevideo, y la del Paraguay. Centralizadora de toda esta vertiente pasó a ser la de Buenos Aires, desde la creación del Virreinato.

El contenido, pues, de estos tres volúmenes engloba la documentación contable de dos virreinos, asentados en seis de los actuales países del cono sur americano, en la dimensión de tres centurias. Historia de larga duración, tiempo largo, capas de historia lenta, posibilidades de tratamiento del desarrollo económico en una perspectiva y en una interacción hasta ahora inédita. Son los propósitos nacientes de un quehacer histórico original, que exige cambios en la preparación para el manejo de un diferente utillaje a los historiadores dispuestos a trabajar y crear en un estilo no tradicional, pero que sabiamente deben apoyarse en todo lo que el antiguo aporte tradicional nos da de valioso, de útil, de aprovechable, de sólido. Hay que reconocer que nuestros historiadores tradicionales hicieron una labor altamente meritoria, en plena concordancia con la problemática de su tiempo. Ellos nos han obsequiado y han puesto a nuestra disposición una enorme masa documental, que ha servido, sobre todo, para la elaboración de una Historia factual, y en mucho menor medida para reconstruir las facetas de la economía y de la sociedad americanas. Sin embargo, desde este viejo punto de partida, se puede arribar ahora, mediante el aprovechamiento de estas nuevas fuentes revalorizadas en un distinto nivel que el que tuvieron antaño (sin dejar de aquilatar y reiterar que hubo antecedentes y precursores ilustres) —más la adición de técnicas y métodos adecuados al ambiente científico actual y todo ello debidamente conjugado—, a la búsqueda y al hallazgo de metas antes no concebidas. Son las etapas del desenvolvimiento y de la evolución de las disciplinas, la adecuación del hacer científico a la realidad de la época presente.

El programa de TePaske no se ha limitado solamente al área comprendida en estos tres volúmenes. Es mucho más amplio, por fortuna, y comenzó

---

*la courbe de production des métaux monnayables*, Annales (E.S.C.), N° 3, pp. 590-608, París, 1967.

con la Caja Central de México, cuyos primeros resultados vieron la luz en 1976<sup>2</sup>, y ahora nos anuncia la aparición de tres tomos más, dedicados a las cuentas de las veintitrés cajas subsidiarias de la Nueva España, tres últimos que no hemos tenido la suerte de ver todavía.

Como importante contribución a estos estudios pioneros es preciso mencionar aquí también el esfuerzo meritorio y tenaz de Eduardo Arcila Farías, para Venezuela, cuya antigua dedicación a la Historia Económica de su país ha desembocado en los mismos cauces de las cuentas de la Real Hacienda, de las cuales ya ha materializado el tramo inicial<sup>3</sup>, tiene el resto del primer siglo colonial listo para la imprenta, y las dos centurias siguientes en preparación, para cubrir hasta 1810.

En cuanto a la presentación de los sumarios de cargo y data de la obra de TePaske y Klein, los diferentes rubros de ingresos y egresos han sido ordenados alfabéticamente cada año, gracias al trabajo de la computadora en la cual se ha almacenado toda la información, proveniente ésta en lo fundamental de la Serie de Contaduría del Archivo General de Indias, hasta 1760, y después, en las diferentes Audiencias del mismo. Como las cuentas se llevaban, afortunadamente, en triplicado, los diversos archivos regionales americanos han permitido a los autores rellenar algunas de las lagunas producidas en la documentación de Sevilla. Para la publicación se han utilizado, materialmente, las hojas impresas por la computadora. Los diversos detalles técnicos del procedimiento están explicados por ellos en la nota introductoria de cada volumen. El total de la información recogida mediante estos procedimientos ha sido integrada en un Banco de Datos, donde está a disposición de los interesados, no sólo en Duke University, sino en varias otras universidades norteamericanas, y también en el Consorcio Interuniversitario para Investigación Política y Social, en la Universidad de Michigan. Se trata de favorecer, con este moderno preelaborado pozo informativo, a los investigadores que deseen tratar los datos con sus propios y particulares intereses de análisis histórico.

Agreguemos, antes de finalizar este rápido comentario informativo, que el advenimiento de TePaske a los horizontes de la cuantificación en la Historia hispanoamericana está acreditado desde hace largo tiempo. Su aporte al libro de Lorwin y Price<sup>4</sup>, data ya de más de una década. Su artículo aparecido allí, *La cuantificación en la Historia colonial latinoamericana*, cons-

---

<sup>2</sup> John J. TePaske, en colaboración con José y Mari Luz Hernández Palomo, *La Real Hacienda de Nueva España: la Real Caja de México (1576-1816)*, I.N.A.H., México, 1976.

<sup>3</sup> Eduardo Arcila Farías, ed., *El primer libro de la Hacienda Pública Colonial de Venezuela, 1529-1538*, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1979.

<sup>4</sup> *Las dimensiones del pasado. Estudios de Historia Cuantitativa*. Introducción de Val R. Lorwin y Jacob M. Price, Alianza Editorial, Madrid, 1974. La edición inglesa fue hecha por Yale University Press, 1972.

tituye todavía una revisión y una guía utilísima para los que se interesan en este nuevo campo.

Quisiéramos recalcar, por nuestra parte, que sin su columna vertebral financiera el gigantesco Imperio español no hubiese podido conformarse ni subsistir. Por esa razón, los libros de contabilidad de las cajas reales, que son el testimonio escrito y seriado de las alternativas y desarrollo de esa sólida estructura administrativa tan decisiva, están llamados a ocupar un sitio preponderante como fuente histórica, para abrir al mismo tiempo nuevos ángulos y puntos de vista a las formas tradicionales. Es una contribución de las preocupaciones actuales a una más global Historia de América, cuya expresión simbólica —la caja real de tres llaves— podría reivindicarse como una expresiva imagen del poder y del sistema hispánico colonial.

A guisa de valorización general de la documentación noticiada, preferimos dar la palabra a los autores: "Consideramos esta información contable como vitalmente importante, fundamental para la comprensión del desarrollo del Imperio español en América en el tiempo y en el espacio y de las economías regionales dentro de la vasta estructura. Esta información deberá igualmente aumentar en forma significativa nuestra comprensión de la economía mundial y del sistema económico mundial en los siglos dieciséis, diecisiete y dieciocho".

Un buen rol para la *Nueva Historia*. Un desafío sugerente y estimulante para los nuevos historiadores.

ALVARO JARA

*Allen Woll. A FUNCTIONAL PAST. THE USES OF HISTORY IN NINETEENTH-CENTURY CHILE, Louisiana State University Press, 1982, 211 pp. 24 x 16.*

Este análisis parcial de la historiografía chilena del siglo pasado es fruto de una investigación realizada por su autor durante una estadia en Chile en los años 1972-73. Quedó sorprendido, escribe en la Introducción, al leer un comentario de LA NACION acerca la escasa o nula participación de los historiadores, como tales, en los cambios sociales y políticos que agitaban a la sociedad en esos años. Su extrañeza se derivaba del conocimiento que él poseía sobre nuestro pasado, en el cual los historiadores nacionales habían desempeñado un papel tan preponderante tanto en el campo político y diplomático como en el educacional e ideológico. Como símbolo y recuerdo de esta gravitación de los historiadores en el desarrollo del país, el autor anota los numerosos monumentos que se han levantado en el corazón de la capital.

El libro reúne una serie de artículos sobre el tema que han aparecido en diversas revistas: *History and Theory, The Americas, el Journal of Latin*

*American Studies* y el *Journal of the History of Ideas*. No obstante, la obra posee unidad por la tesis planteada en todos los artículos que aquí constituyen los capítulos de sus dos partes.

Una corta exposición señala la imbricación lograda por el intelectual chileno durante la segunda mitad del siglo XIX. Dedicado a la investigación y al estudio en el recogimiento y soledad, estuvo ligado y comprometido intensamente con el quehacer diario y público. Tanto en la caldeada tribuna parlamentaria como en las ordenadas tareas de la alta administración, tanto en la agresiva beligerancia de la prensa como en la objetividad científica de la cátedra universitaria, tanto en la brillante actuación en las embajadas y ministerios como en la modesta labor de las aulas de colegios y liceos, los historiadores mostraron su amplia y segura erudición, la solidez de sus convicciones y argumentos, la elocuencia de su palabra y su capacidad de liderazgo. Era lógica la sorpresa de Allen Woll al comparar el pasado con el presente que a él le tocó observar en el país. Eran años en que sociólogos, economistas y periodistas habían reemplazado a los historiadores en la interpretación del pasado y del presente nacional.

La primera parte de la obra presenta los orígenes de los estudios históricos en nuestro país durante los años 1830-1851. En tres capítulos analiza la polémica sostenida entre Lastarria y Bello. El triunfo del último habría producido una contradictoria conjunción entre la teoría aceptada y la práctica seguida. Fieles al espíritu de Bello, los historiadores habían tratado de ceñirse a la senda marcada por Claudio Gay, pero acabaron desliziándose hacia la interpretación filosófica que propiciaba Lastarria. Declarando reiteradamente atenerse en forma exclusiva a la fidelidad documental de una historia ad narrandum, terminaban en las interpretaciones de las historias ad probandum. Las pasiones políticas avivadas a raíz de la candidatura presidencial de Manuel Montt lanzaron los escritores, tan fieles a las orientaciones de Bello como lo era Barros Arana, a la utilización pragmática de las investigaciones históricas.

La segunda parte es una defensa de la tesis planteada en la primera. Los capítulos traen los argumentos pertinentes para demostrar el paso desde una posición ambigua a la acción clara y definida que convirtió el cultivo de la historia en un arma ideológica de la política nacional. En ellos se abordan los campos eclesiásticos, diplomáticos, educacionales y filosóficos. En uno de ellos se considera la defensa que hacen los historiadores de su profesión. Todos explicitan y acentúan su preocupación por la objetividad científica, declaran reiteradamente su afán de sinceridad y su compromiso exclusivo con la verdad pura e incontaminada que pretenden aprehender a través del examen y análisis de las fuentes documentales, afirman solemnemente su total y absoluta prescindencia del presente y de sus compromisos confesionales. Sin embargo, uno más y otros menos, todos acaban desmintiendo en sus escritos los ideales defendidos y expuestos en los respectivos prólogos.

En estas líneas solamente quiero referirme al capítulo titulado: *El historiador católico en Chile durante el siglo XIX*. La amplitud del título se

presta a la ambigüedad. El autor saca conclusiones en base a tres obras: una de Víctor Eyzaguirre, una de Hipólito Salas y otra de Crescente Errázuriz. No delimita en ninguna parte el área de sus investigaciones. No sabemos si el título cobija solamente a los historiadores eclesiásticos, si se reduce a los primeros que cultivaron esta disciplina durante el siglo XIX. Por de pronto excluye de su lista a los laicos católicos que publicaron algunos estudios durante la época señalada, tal como el caso de Nicolás González Errázuriz. Tampoco considera a otros clérigos diocesanos que publicaron algunas de sus obras en los años de *Los orígenes de la Iglesia chilena* de Errázuriz, como, por ejemplo, Vicente Martín y Manero, Francisco Prieto del Río, Francisco Belmar. Los regulares Francisco Enrich y Raimundo Ghigliaza no cuentan para el autor.

Es notorio que la historiografía eclesiástica, si bien adquirió categoría de instrumento ideológico para ser utilizado en las contiendas políticas, muchas veces tuvo otro norte. No aparece tan claro un propósito tal en la Historia de Eyzaguirre, aparecida antes de acentuarse las luchas político-religiosas en el país. Los primeros ensayos históricos de Prieto del Río, todos los aparecidos entre los años 1870-1880, no persiguen la defensa de la Iglesia. Más bien son motivados por una íntima preocupación por esclarecer su vocación personal al estado eclesiástico. Las biografías de Ventura Marín y la del presbítero José Manuel Irrazábal constituyen meditaciones surgidas de la temblorosa auscultación de una voz interior para elegir la alternativa vital que se le abre a su autor. Solamente en la Primera Asamblea General de la Unión Católica celebrada en 1884, cuando ya Prieto del Río ha elegido el camino del sacerdocio, redacta un ensayo sobre la historia del Seminario de Santiago que presenta connotaciones políticas. Tal estudio es una respuesta a las acusaciones que los historiadores liberales habían lanzado contra el clero colonial. Los objetivos que Ramón Ángel Jara proponía a los autores de las ponencias presentadas a la Asamblea coinciden con la tesis de Allen Woll, aunque muchas de ellas los desbordan ampliamente.

Tampoco podemos considerar como comprometidos con la política contingente del momento la Historia de la Compañía de Jesús, de Enrich, y la Historia de la Provincia Dominicana de Chile, de Ghigliaza. En ambos autores, al igual que más tarde en el agustino Víctor Maturana, vibra un intenso afecto a la institución religiosa que han elegido. Si utilizan pragmáticamente la disciplina histórica es para exaltar su Orden después de las agudas crisis en que tuvo que intervenir el arzobispo Valdivieso. Más que una defensa política constituyen obras de publicidad vocacional surgidas al calor del fervor religioso de sus autores.

Aunque la tesis del autor es difícil sostenerla sin matización, responde en rasgos generales a la impronta que adquirió, incluso la historiografía eclesiástica en las primeras décadas del siglo XX. Bastaría señalar el cambio de estilo e intereses en los escritos de Prieto del Río y los temas analizados por el historiador Silva Cotapos. El primero de ellos se caracterizó por las agresivas y punzantes críticas a los historiadores liberales. Como muestra bastaría

señalar los cincuenta artículos a dos columnas publicados en el *PORVENIR* en los años 1900 a 1902, todos ellos dirigidos a rectificar algunos errores de la Historia general de Chile, su demoledora crítica al Diccionario biográfico colonial de Toribio Medina, y su vehemente polémica con Domingo Amunátegui Solar con ocasión de la publicación de una biografía sobre Rodrigo González Marmolejo.

Finalmente, debo destacar la seriedad con que es analizada una cantidad enorme de documentación dispersa en revistas, diarios y libros. La obra es sugerente y motivadora. Señala numerosas pistas de nuevas investigaciones que debemos agradecer a su autor.

MARCIANO BARRIOS VALDÉS

*Fernando Retamal. EL PRIMER SÍNODO CHILENO DE LA ÉPOCA REPUBLICANA: Ancud 1851, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago, 1983, 208 pp. 23.50 x 15.50.*

Esta esmerada edición del texto completo del Sinodo diocesano de Ancud, celebrado por el obispo Justo Donoso en 1851, está precedida por una excelente introducción del canonista Fernando Retamal y se complementa con valiosos informes sobre la situación religiosa de la región durante la segunda mitad del siglo pasado. Entre estos informes cabe destacar las memorias que el obispo Donoso presentó al ministro de culto para darle a conocer los pormenores de su visita a las provincias de Chiloé y Valdivia.

La introducción es un estudio sobre la personalidad y obra del obispo Justo Donoso. El autor no oculta sus simpatías y admiración por el destacado canonista del siglo pasado. Destaca su competencia, su acertado criterio y la rectitud de su conducta ajustada a principios. Sin embargo, versado catédrico de Derecho canónico y conocedor de las exigencias científicas que impone la disciplina histórica, analiza en forma acuciosa y documentada los antecedentes de la erección del obispado de Ancud y los problemas creados por la equívoca actuación del protagonista. Retamal es cauteloso al enjuiciar la conducta del obispo electo. "No ha dejado de llamar la atención el hecho de haber procedido el señor Donoso a un acto tan trascendental —escribe—, sin contar todavía con las bulas papales que lo instituían con la plena jurisdicción episcopal. No estamos en condiciones de emitir un juicio concluyente a este respecto. . ."

El texto y las memorias concernientes a las visitas pastorales realizadas en las provincias de Chiloé y Valdivia constituyen un aporte de singular valor para el conocimiento sobre la cristianización del país. Iluminan por la semejanza de los problemas abordados lo que pudo ocurrir durante los siglos anteriores en el centro del territorio. Leyendo las constituciones del sínodo y los informes del obispo al Ministro de Culto, el lector evoca espontánea-

mente las disposiciones de los sínodos de 1626 y de 1744 celebrados en Santiago y en Concepción por los obispos Francisco González Salcedo y Felipe de Azúa, respectivamente.

La similitud de algunos problemas relacionados con la evangelización y los métodos utilizados para realizarla, algunas características de la religión, las preocupaciones de los obispos respecto a la autonomía de los regulares por el enclave de las misiones en las diócesis, las reiteradas órdenes para el exacto cumplimiento del ritual en la administración de los sacramentos, etc., es notoria y llamativa.

La lectura del texto sinodal y de los informes episcopales ofrece innumerables pistas a los interesados en el estudio de la cristianización del país entero y de la religiosidad popular. Así, podemos constatar con una primera lectura que algunas costumbres prohibidas por el sínodo de 1626, por ser consideradas como restos de superstición, cuando ya habían desaparecido en Santiago siguen vigentes en Concepción, conforme lo señala el sínodo de 1744. Y probablemente, cuando ya habían sido desarraigadas en la provincia de Concepción, se mantenían todavía, como elementos relictos, en Chiloé y Valdivia. Y el sínodo de 1851 halla necesario insistir en su prohibición. Asimismo, llama la atención que la dispersión demográfica, tan señalada por los escritores eclesiásticos del siglo XVII como un obstáculo para la cristianización del Valle Central, sigue constituyendo un condicionante negativo de la actividad pastoral en Chiloé y Valdivia a mediados del siglo XIX. El obispo Donoso propone las mismas soluciones que sus antecesores del período español y se preocupa de solicitar al Supremo Gobierno el financiamiento tal como antaño se recurría al monarca. También la preocupación por la solemnidad de las ceremonias litúrgicas, el esmero por el decoro y brillantez del culto y veneración a los patronos de las numerosas capillas, recuerdan las competencias de las antiguas cofradías coloniales. Incluso, la sorpresa del obispo ante los grupos corales y orquestales que él describe con detalles pintorescos y que se organizaban para participar en las celebraciones litúrgicas confirma lo expresado por el obispo Diego de Medellín en el siglo XVI. Este defendía la ordenación de algunos mestizos y señalaba sus excelentes disposiciones para las artes musicales, razón por la cual les había encomendado la dirección del coro en la catedral. Y, finalmente, para no alargar más el tema, cabe anotar que la anomalía jurídico-canónica entre las misiones regentadas por regulares exentos en la provincia de Valdivia reproduce las tensiones entre las Ordenes religiosas y algunos obispos de los siglos XVI y XVII.

La pervivencia de los fiscales y sotafiscales, la importancia que habían adquirido debido a la ausencia larga y continua de sacerdotes en las islas del archipiélago que imponen las difíciles comunicaciones de la zona y el prestigio mantenido en razón del cargo ofrece la curiosidad de un apostolado de los laicos que solamente la lejanía de Roma lo hizo posible. Los detalles que entrega el informe de las visitas pastorales recuerdan la azarosa aventura que emprendía un obispo al realizarla en los siglos anteriores. Eran

tales las dificultades y peligros que corría un obispo, máxime cuando era de edad avanzada, que desde 1796 no se realizaba en la diócesis. Después de Tomás de Roa, por las circunstancias especiales que crearon las guerras de la Emancipación nacional, Justo Donoso era el primer obispo que aparecía en Chiloé y Valdivia. Las estadísticas que entrega su informe al Gobierno sobre confirmaciones y analfabetismo resultan expresivas.

Una novedad del informe y de algunas constituciones sinodales de 1851 es la reglamentación de los matrimonios mixtos motivadas por la presencia de las primeras iglesias y comunidades protestantes en el sur.

Un acierto es la ilustración y presentación de la obra. Digna de elogio y que prestigia al autor y a quienes han hecho posible contar con este inapreciable instrumento para quienes se dedican al estudio de la historia nacional.

MARCIANO BARRIOS VALDÉS

*Julio Retamal Favereau. DIPLOMACIA ANGLO-ESPAÑOLA DURANTE LA CONTRARREFORMA.* Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago 1981, 252 págs.

El estudio se centra en la misión diplomática desempeñada por Guerau de Spes, embajador de Felipe II ante la reina Isabel I en los años 1568 a 1572.

La misión duró sólo tres años y medio y tuvo un fin ignominioso. Guerau de Spes no tuvo éxito con sus iniciativas y sufrió la humillación de ser expulsado de Inglaterra.

Hasta ahora la vida y obra de Guerau de Spes no había despertado mayor interés entre los historiadores. Julio Retamal Favereau convierte la descripción de esta misión fracasada en un interesante estudio, no sólo del personaje y de sus actividades personales, sino de la diplomacia y del complejo cuadro político de aquellos años que fueron cruciales para España e Inglaterra y para Europa entera.

Durante largo tiempo la política europea había estado determinada fundamentalmente por el antagonismo entre España y Francia. La enemistad había tenido su origen en las luchas por Italia y se había ahondado bajo Carlos V a raíz de la disputa por la herencia borgoñona. Paralelamente se había desarrollado el conflicto entre Inglaterra y Francia cuyos orígenes se remontaban a la Edad Media. Dado el hecho de que Francia era el enemigo común de los Habsburgos y de los Tudores, parecía lógico y conveniente que ambas dinastías se unieran, política que encontró su máxima expresión en los matrimonios entre Enrique VIII y Catalina de Aragón y entre Felipe y María Tudor.

Mas en tiempos de la reina Isabel se produjo un cambio profundo en la situación política que hizo que las relaciones entre Felipe II e Isabel I

se tornasen cada vez más tirantes hasta que finalmente Inglaterra se convirtió en el principal enemigo de España. Julio Retamal describe acertadamente este cambio y explica sus causas, señalando la especial importancia que tuvieron los problemas religiosos y los acontecimientos que se produjeron en los Países Bajos.

El autor analiza el complicado juego que tuvo lugar en aquellos años cuyos principales protagonistas fueron Felipe II, el duque de Alba e Isabel I y sus ministros.

Guerau de Spes llegó a Londres en un momento en que la situación ya se había vuelto bastante crítica. El embajador inició su misión con la esperanza de poder restablecer la paz y amistad que habían unido a España e Inglaterra en los tiempos anteriores. Mas desde un comienzo su misión se desenvolvió en un ambiente de reserva y desconfianza. Se vio envuelto en embarazosas situaciones y tuvo que presenciar y aceptar el fracaso de sus iniciativas. De un agente de la reconciliación y colaboración se convirtió cada vez más en opositor y en centro de la oposición al gobierno.

El autor demuestra en forma convincente que el fracaso de la misión de Guerau de Spes no se debió a posibles fallas personales del embajador, sino a las circunstancias generales que empujaron a España e Inglaterra hacia la abierta confrontación. Guerau de Spes tuvo el mérito de abandonar falsas ilusiones y de tener una clara visión de las nuevas realidades políticas. Francia había dejado de ser el enemigo número uno. Inglaterra emergía ahora como el principal adversario. Una política encaminada a buscar la amistad de Inglaterra estaba anticuada y estaba condenada al fracaso.

El libro de Julio Retamal Favereau tiene el mérito de seguir paso a paso las distintas etapas de un proceso complejo y de introducirnos, a través del caso concreto de una misión diplomática, al agitado mundo de la Contrarreforma, este mundo determinado por los conflictos religiosos, por la formación del Estado moderno como organización racional del poder y por el nacimiento de un nuevo orden internacional.

El estudio se basa en los materiales inéditos del Public Record Office, del Archivo General de Simancas y de otros Archivos, en los documentos impresos de las Colecciones inglesas y españolas y en una amplia bibliografía secundaria. El libro está escrito en un excelente estilo que hace grata la lectura.

No es frecuente que un historiador chileno haga un aporte al conocimiento de la historia europea. El libro de Julio Retamal Favereau constituye un aporte valioso.

RICARDO KREBS

*Thomas F. O'Brien. THE NITRATE INDUSTRY AND CHILE'S CRUCIAL TRANSITION: 1870-1891.* New York: New York University Press, 1982. xv, (1), 211, (3) páginas.

En la búsqueda de las causas del frustrado desarrollo económico de Chile, diversos investigadores y ensayistas han centrado su interés en el salitre y su significado en la economía nacional durante el medio siglo anterior a 1930. A este grupo se agrega ahora Thomas O'Brien con este libro sobre la industria salitrera y su relación con la revolución de 1891.

Con acierto, el autor ha procedido primeramente a examinar la situación de la industria en Tarapacá antes de la Guerra del Pacífico, haciendo ver la creciente debilidad de los intereses chilenos en esa región, y que es bastante más marcada de lo que tradicionalmente se ha supuesto. Sus instalaciones anticuadas, la falta de capitales y la mayor eficiencia empresarial de las compañías europeas los hicieron particularmente vulnerables a la crisis de 1873-1874. A ello se agregaron los efectos de la política salitrera peruana que resultó favoreciendo a las firmas europeas más poderosas además de los intereses de sus nacionales: los capitales chilenos, que controlaban un 28% de la producción salitrera de Tarapacá en 1872, sólo tenían un 7% de los contratos de producción en vísperas de la guerra.

La crisis mundial a partir de 1873 que afectaba a los precios de las materias primas repercutió con igual fuerza en la economía chilena, O'Brien destaca el impacto de la crisis en nuestro país y las limitantes que presentaban los métodos de producción arcaicos y la estructura social "precapitalista" para el aumento de la producción y la consiguiente reducción de los costos. Más aún, el autor insinúa que la decisión chilena de ir a la guerra se debería, a lo menos en parte, a la búsqueda en ella de una solución a la crisis.

La posesión de Tarapacá por parte de Chile significó enfrentar los reclamos de los tenedores de bonos peruanos en Europa apoyados por el Foreign Office. A ello se agregaron, durante 1880, las dificultades con los salitreros europeos que se resistieron a cumplir las órdenes de las autoridades chilenas temiendo represalias del gobierno de Lima y, especialmente, el problema de los certificados emitidos por el Perú a raíz de la expropiación de las salitreras y que no habían sido cancelados.

Todos estos antecedentes favorecían la decisión adoptada en definitiva por el gobierno de Chile en el sentido de devolver las oficinas salitreras a quienes presentaran los certificados correspondientes a las mismas o una proporción de ellos, solución que, por lo demás, se ajustaba plenamente a las ideas económicas liberales imperantes en el país. Es probable, como señala el autor, que la devolución de las oficinas a los particulares no solamente neutralizó las demandas de los tenedores de bonos sobre las mismas sino que también contribuyó a evitar una mayor intervención norteamericana en el conflicto.

La entrega de las salitreras de Tarapacá al sector privado trajo como consecuencia su concentración en manos de extranjeros; a un puñado de antiguas compañías europeas como Gibbs, Gildemeister o Campbell, se unieron aquellos conocedores de la industria como North y Harvey o Henry James y George Inglis, quienes adquirieron certificados salitreros a ínfimo precio logrando posteriormente hacerse de valiosas propiedades. La decisión de Chile favoreció asimismo la competencia entre los salitreros, exigiendo nuevas inversiones de capital para lograr el abaratamiento de los costos y una mayor capacidad empresarial, lo cual colocaba a los productores chilenos en desventaja.

Pese a las advertencias sobre los peligros de una desnacionalización, los grupos dirigentes chilenos no se preocuparon mayormente al respecto, como parece demostrarlo la imposición de un derecho uniforme a la exportación de nitratos sin establecer preferencias para las oficinas de las regiones de Antofagasta, Aguas Blancas y Taltal, donde los capitales chilenos eran preponderantes. Su principal interés radicaba en el mercado protegido que se abría en Tarapacá para los productores agrícolas chilenos y que evitaba el desafío de la modernización del sector para poder competir en los mercados externos.

Al referirse a los efectos de la industria salitrera sobre los diversos sectores de la economía, O'Brien formula diversas críticas a la agricultura, algunas de ellas poco acertadas y que parecen ser producto de un conocimiento insuficiente del tema o de una aplicación de esquemas preconcebidos. Asimismo, en sus breves comentarios sobre el desarrollo industrial, tomados de fuentes secundarias sin mayor crítica, parece confundir el capital foráneo con la actividad de los extranjeros avecinados en el país.

Más interesante es su conjunto de perfiles biográficos de empresarios chilenos, que incluye desde figuras poco conocidas como Antonio María Costa o Gustavo Rosemberg hasta personajes como Agustín Edwards y Francisco Subercaseaux, que el autor utiliza para ilustrar sus explicaciones sobre los sectores de mayor desarrollo y la incorporación de los elementos empresariales más destacados a la élite dirigente, manteniéndose el dominio de ésta.

En el capítulo sobre "la emergencia del capitalismo monopolístico", O'Brien se refiere al lanzamiento de compañías salitreras en la bolsa de Londres, procedimiento iniciado por North como medio para obtener los capitales requeridos y que pronto fue imitado por otros salitreros incluyendo —cosa que el autor menciona de paso— algunos empresarios chilenos que tenían los contactos necesarios. Como bien explica, el pago de dividendos excesivos sobre las acciones para mantener alto su valor y la creación de nuevas sociedades para satisfacer la demanda bursátil, favorecieron un aumento de la producción y una reducción de precios que terminó por perjudicar a los propios capitalistas.

Este fenómeno, que ha sido estudiado por J. Fred Rippy, aparece mucho más marcado después del periodo aquí tratado. De esta "contradicción",

O'Brien deduce, sin fundamentos adicionales, la intervención de este capitalismo monopólico en la política interna de Chile.

Después del trabajo de Blakemore, no resulta posible sostener que la caída de Balmaceda se debió a la intervención del capitalismo inglés y el autor no lo intenta más allá de referirse al uso de gestores por parte de las empresas extranjeras y tratar de explicar algunas movidas del juego político en función de los intereses económicos de éstos. Su tesis es que la revolución de 1891 se debe a la creciente importancia del papel del Estado en la época del salitre y al interés de los diferentes sectores de la élite de participar en la distribución de los ingresos del nitrato hacia el resto de la economía. Avalan esta afirmación algunas características del período siguiente, en el sentido de orientar la acción del ejecutivo de acuerdo a la voluntad de los partidos o miembros individuales del Congreso identificados en su conjunto con la oligarquía. Sin embargo, es necesario recalcar que las políticas económicas y financieras de Balmaceda no fueron tan diferentes de las de sus sucesores, como lo han demostrado recientemente John Bowman y Michael Wallerstein en un reciente artículo en el *Journal of Inter-American Studies*.

En su conjunto, el trabajo de O'Brien resulta disparejo. Hay una buena labor de investigación sobre la industria salitrera de Tarapacá, los problemas que la afectan y las soluciones encontradas, como asimismo sobre algunas figuras empresariales chilenas y otros temas. En cambio, es mucho más débil cuando se aleja de estas materias que conoce para referirse a otros aspectos de la historia económica o de historia política, haciendo o repitiendo afirmaciones que resultan por lo menos discutibles.

Tampoco mejora el trabajo con los esfuerzos para interpretar los hechos en el marco de la teoría de la dependencia, a la cual el autor declara aportar algunas variantes, y que lo llevan a reinterpretar contradictoriamente sus afirmaciones anteriores. Así, por ejemplo, no creemos que el "control" extranjero de la industria salitrera de Tarapacá se deba a la reticencia de la oligarquía de "revolucionar las relaciones sociales productivas", sino a las razones muy concretas que el propio O'Brien ha indicado. La investigación habría ganado sin estos lastres.

J. R. COUYOUMDJIAN

*René Millar Carvacho*. LA ELECCIÓN PRESIDENCIAL DE 1920. Editorial Universitaria, Santiago, 1982, 293(3) páginas.

En los últimos años se ha producido un incremento de los estudios históricos sobre nuestro siglo XX. Los enfoques que se han hecho sobre esta etapa van desde interpretaciones tan sugerentes como la de Bernardino Bravo (*Régimen de gobierno y partidos políticos en Chile 1924-1973*), hasta

monografías (elaboradas, entre otros, por Mariana Aylwin, Sofía Correa, Sol Serrano y Cristián Gazmuri) sobre algunas figuras destacadas de la centuria, tales como Arturo Alessandri, Alberto Edwards, Horacio Walker y Jaime Eyzaguirre, sin olvidar, en esta rápida enumeración, las historias de carácter general escritas por Julio Heise, Fernando Silva y Gonzalo Vial; y el luminoso (y controvertido) ensayo de Mario Góngora sobre *El concepto de Estado en Chile durante los siglos XIX y XX*.

A esta lista se agrega el importante libro de René Millar titulado "La elección presidencial de 1920". Su obra se inicia con una breve pero útil introducción a los problemas económicos de comienzos de siglo. En seguida se centra en el análisis de lo que denomina la "coyuntura ideológico-política". En este punto trata, entre otros, temas tales como los intereses de los partidos tradicionales; sus transformaciones ideológicas, las causas que influyen en ella y sus divisiones internas. Apoyándose principalmente en las sesiones del Congreso Nacional, en la prensa de la época (*El Diario Ilustrado*, *El Mercurio de Santiago*, *La Nación* y *El Sur de Concepción*) y en las convenciones de los partidos, René Millar logra determinar que las cuestiones doctrinarias continuaban teniendo una gran significación para dichas colectividades a comienzos de siglo; en otras palabras, que sus miembros (se refiere, desde luego, al grupo de más influencia en cada partido) eran portavoces de una mentalidad política muy cercana a la que predominó en la segunda mitad del siglo pasado.

Según el autor, las cuestiones doctrinarias tienden a perder fuerza sólo desde mediados de la segunda década de este siglo; momento a partir del cual una serie de fenómenos coincidieron para que los partidos abandonaran aquellas preocupaciones. En primer lugar, tuvo decisiva influencia en este cambio el "empeoramiento de las condiciones de vida del mundo obrero", lo que se tradujo en un claro incremento de la agitación social y de las posturas "maximalistas" defendidas por dicho sector.

A esto se añade el surgimiento de una serie de organizaciones con fines políticos o de reivindicación social. Lo sugerente de las mismas es que quienes se afiliaron a ellas habían dejado de creer en los partidos tradicionales, a los que consideraban lejos de sus intereses y, por otro lado, ocupados en cuestiones ajenas a los verdaderos problemas del país. Instituciones como la Liga de Acción Cívica, la Unión Nacionalista, la Asamblea Obrera de Alimentación Nacional y la Federación de Clase Media tienen el carácter antes indicado.

No menos importancia tiene en el cambio de orientación de los partidos la influencia ideológica extranjera y el impacto que causó la Guerra Mundial en la clase dirigente. Con respecto a la primera, afirma Millar que, en esos años, hay, de parte de los círculos políticos, una mayor receptividad hacia autores que de una u otra forma ponían el acento en las cuestiones económicas y sociales. Así, ciertos círculos ligados al partido conservador leen a los autores europeos del llamado catolicismo social; como por ejemplo, el conde Mun, Biederlack, Jovera y Perim. Los radicales se interesan

por los exponentes del socialismo de Estado, entre los cuales Millar cita a León Bourgeois, Pelleton y Buisson.

La Guerra Mundial, por su parte, habría contribuido a sensibilizar a los partidos con respecto a los problemas económicos y sociales. En particular los planteamientos que en materia de legislación laboral se incorporan al Tratado de Versalles, con el fin de que las naciones signatarias los promovieran y llevaran a la práctica.

Los fenómenos apuntados —esto es, los problemas sociales derivados del agravamiento de las condiciones de vida de los círculos obreros; el surgimiento de sectores críticos al margen de los partidos; la influencia de ciertos escritores extranjeros y, en fin, el impacto de la Guerra Mundial— pesarán decisivamente para que las colectividades coloquen las cuestiones doctrinarias en un segundo plano, y se centren preferentemente en planteamientos de carácter económico y social. Por lo demás, las convenciones de radicales, liberales y conservadores, realizadas entre 1918 y 1919, consagran en sus programas la evolución indicada.

Después de fijar este marco ideológico, René Millar entra a estudiar el proceso electoral de 1920. Al respecto, describe minuciosamente la gestión de las candidaturas de Alessandri y Barros Borgoño, deteniéndose en forma especial en el análisis de las convenciones —y de los convencionales— que los proclamaron. De la comparación de ambas deduce que sus componentes eran notoriamente distintos. En la de Alessandri predominaban los sectores medios, muchos de los cuales eran hombres de provincia. En la de su opositor, en cambio, la fuerza la hacían los representantes del grupo dirigente tradicional. A pesar de estas diferencias, los programas de los candidatos no difieren sustancialmente; antes bien, en muchos puntos coinciden, lo que se debe —según Millar— a que ambos candidatos eran de ideología liberal, y a que la clase política, casi sin excepciones, cree firmemente en la necesidad de introducir transformaciones económicas y sociales en la vida del país.

Como se sabe, Alessandri triunfa estrechamente en las elecciones. Su victoria —a juicio del autor— representa la primera gran derrota política para el grupo dirigente tradicional. ¿Por qué —se pregunta Millar— Alessandri logró la victoria? En primer lugar, por el buen uso que la Alianza y Alessandri hicieron de los mecanismos tradicionales de control electoral, tales como la falsificación de escrutinios y actas, la suplantación de electores, el cohecho, el control de la votación campesina y, en fin, la acción de grupos organizados que impedían (por la fuerza) el sufragio de los partidarios de Barros Borgoño. Claro está que el triunfo de Alessandri —como Millar tiene el cuidado de advertir— no se debió sólo a los fraudes citados, que por lo demás también empleó su opositor. Además de este factor, hay que considerar el respaldo que Alessandri obtuvo de sectores sociales que, hasta esa fecha, no habían tenido una especial participación en la vida política nacional. Nos referimos, por cierto, a los sectores medios y al proletariado. Los resultados obtenidos por la Alianza en el mundo

urbano de entonces confirman la apreciación indicada. Así, Alessandri venció en ciudades tales como Iquique, Antofagasta, Copiapó, Santiago, Rancagua, Talca, Chillán, Concepción, Lebu, Angol, Temuco, Osorno y Valdivia.

Ahora bien, los sectores sociales indicados se identificaron con Alessandri no tanto por su programa, que no difería del de Barros Borgoño, sino más bien porque lo vieron como un *leader* distinto, más cerca de ellos, de sus inquietudes y profundamente distante, casi un enemigo, del grupo dirigente tradicional. En palabras de Manuel Rivas Vicuña, la clase media y los obreros "seguían al caudillo que se ofrecía a dirigirles, que sabía interpretarlos con su palabra vigorosa, sus anhelos, que tenía el talento de tocar la nota, que antes no llegara a su corazón, capaz de unir a elementos diversos y contrarios en un anhelo de renovación...".

La obra de René Millar, en síntesis, tiene el mérito de explorar, con una rigurosidad que hasta ahora no se había hecho, en la evolución doctrinaria que sufren los partidos tradicionales; al mismo tiempo ofrece, siguiendo un método cercano a la sociología electoral, un novedoso análisis del comportamiento político chileno en 1920. Es posible que el uso de dicha herramienta metodológica lleve al autor a ciertas rigideces en la interpretación. Esto porque el manejo estadístico, al tender a lo general por su afán de destacar las líneas gruesas de cualquier proceso, no siempre permite apreciar los matices del mismo. Así, por ejemplo, creemos que hay barrios de Santiago donde las cifras aparecen decididamente de una tendencia, en circunstancias de que, dentro de aquéllos, hay sectores o grupos que piensan de muy diferente manera al grupo vencedor, sin que esto se manifieste del todo en las cifras finales. Aún así, el análisis de René Millar no llega a distorsionar las tendencias generales, permitiendo entender con claridad cómo y por qué Alessandri llegó al poder.

JUAN EDUARDO VARGAS CARIOLA